ADMINISTRACION
LÍRICO-DRAMÁTICA

ERRAR LA CURA

COMEDIA EN DOS ACTOS, EN VERSO

ORIGINAL DE

DON JOSÉ OLIER SENRA

Escrito expresamente para la distinguidísima actriz Doña Balbina Valverde, y estrenada con extraordinario éxito en el teatro de LARA *el 18 de Marzo de 1882.*

MADRID
CALLE DE SEVILLA, 14, PRINCIPAL
—
1882.

ERRAR LA CURA

COMEDIA EN DOS ACTOS, EN VERSO

ORIGINAL DE

DON JOSÉ OLIER SENRA

Escrito expresamente para la distinguidísima actriz Doña Balbina Valverde, y estrenada con extraordinario éxito en el teatro de LARA *el 18 de Marzo de 1882.*

MADRID
IMPRENTA DE E. ALEGRE
LAGASCA, 17 (BARRIO DE SALAMANCA.)

1882.

REPARTO.

Doña Dorotea.	Doña	*Balbina Valverde.*
Sofía.	»	*Sofía Alverá de Nestosa.*
Ramona.	*Sta.*	*Rodriguez (D.ª Matilde.)*
Pepe.	*D.*	*José Rubio.*
José.	»	*Ramon Vallarino.*
Juan.	»	*Manuel Rodriguez.*

La accion en Madrid.—Actualidad.

ACTO PRIMERO.

Gabinete con puerta al fondo; á la derecha, en segundo término, balcon; á la izquierda, en primer término, puerta que se supone da paso á la escalera interior; en segundo término el cuarto del Doctor. Muebles buenos; á la derecha mesa de escritorio, con muchos libros y papeles; en los testeros del fondo armarios con libros.

ESCENA PRIMERA

José, estudiando en un libro.—**Pepe**, leyendo una carta

JOSÉ. (Leyendo.) «Cuando la fiebre es tenaz
»se debe usar la quinina
»en dósis de...»
PEPE. (Leyendo.) «Saldré hoy
»á las dos con mi tia Rita.»
JOSÉ. (Idem.) «Segun Ediven Canton
»cuando en la periferia
»de la córnea transparente...»
PEPE. «Si quieres sus simpatías
»granjearte, en el café
»de Levante la convidas
»á....»
JOSÉ. «Arsénico administrado
»en dósis de...»
PEPE. Pues la niña
no es corta en pedir.
JOSÉ. «Si es tísis
»declarada se propina...»

PEPE. «Queso y sardinas de Nantes.»
¡No es ella mala sardina!
«Tu Pilar Silos, que te ama
»y te amará hasta la timba.»
¡Qué atrocidad! ¡Timba dice!
Escribe bien esta chica.
JOSÉ. «Conviene cortar la fiebre.»
PEPE. (¡Y en el café que me cita
debo ya catorce duros
y há tiempo que no me fían!
Si este me hiciera un empréstito.)
Primo... (Acercándose)
JOSÉ. ¿Qué?
PEPE. ¿No te fatiga
el estudiar tantas horas?
JOSÉ. No.
PEPE. Te admiro por mi vida.
JOSÉ. Cumplo con mi deber.
PEPE. Pero, hombre,
¿no vistes ya la ropilla
de doctor que, *velis nolis*,
con título, te autoriza
para matar á mansalva
al que en tu ciencia confía?
JOSÉ. Por lo mismo estudio siempre:
yo no quiero que se diga
de mí, que soy un doctor
que enriquece la botica
y el cementerio: el estudio
hizo que salvara un dia
de las garras de la muerte
una existencia querida:
un médico siempre tiene
que aprender.
PEPE. Pero es mania...
JOSE. La tuya: te has empeñado
en disfrutar de la vida
del vago, sin ocuparte
del porvenir, y algun dia
ha de pesarte. ¿Por qué
la carrera no terminas?
PEPE. Porque me falta dinero
para sacar las matrículas.
(A ver si me da cien reales

y del apuro me libra.)

JOSÉ. Ya te presté...

PEPE. No recuerdas
que cuando á sacarlas iba
tropecé manos á boca
con un feroz prestamista
y le pagué...

JOSE. ¿Tú pagar?

PEPE. Hombre, sí.

JOSÉ. Listo seria,
porque el que te saque un real...

PEPE. Primo, me ofendes...

JOSÉ. No finjas;
que cuando los hechos hablan
no vale inventar mentiras.
*Ya tienes treinta y dos años:
*¿te propones ser un quidam
*siempre?

PEPE *Primo, por favor;
*¿no conoces que me humillas?

JOSÉ Diez mil duros heredaste,
y te diste tanta prisa
para gastarlos, que al año.
ni una peseta tenias.

PEPE. No niego...

JOSÉ. El sexo sensible
ha causado tu ruina.
Con una bella francesa,
artista muy distinguida,
te gastaste media herencia
y la otra media con Rita;
una muchacha de Ronda
muy graciosa y muy ladina.

PEPE. Cierto, y por otra de Cadíz
recurrí á los prestamistas;
y por una madrileña,
muy flamenca, vendí un dia
unos botones de oro,
el reloj y una sortija.
Otros empréstitos hice
por Rosario y por Lucía;
en fin, por las hijas de Eva

NOTA.—Los versos que tienen asteriscos pueden suprimirse en la representacion.

ya me he quedado per instam.

JOSÉ. Tiempo es, primo, que termine
tan desordenada vida;
pues pierdes crédito y fama
y á mi me desacreditas.
Que como el nombre es igual
é igual á mí te apellidas,
mucha gente me atribuye
tus deudas y fechorías.

PEPE Razon te sobra, y prometo
de hoy más seguir tus doctrinas
en lo tocante á estudiar,
que en lo demás ya varía.
¡Si vieras á una jamona
que ví ayer salir de misa...!
¡Bella mujer! aunque ya
en los treinta y cinco frisa
tiene una gracia y un talle...
Y un pié...

JOSÉ. Todas te cautivan.

PEPE. En cambio, primo, yo creo
que á tí ninguna te priva.

JOSÉ. Te engañas: á una idolatro...

PEPE. ¿Conque amas?

JOSÉ. Con alma y vida;
y quiero sin esperanza
de lograr nunca mi dicha.

PEPE. Esos parecen amores
de novela... ¡Quién diria
al verte tan estudioso...!

ESCENA II.

Dichos y **Juan** (por el fondo.)

JUAN. Señor, viene la Duminga
á avisar que está muy mala
la enferma de la guardilla
del número diez...

JOSÉ. La crísis
vendrá presentando síntomas
alarmantes: Mi sombrero.
Ahora mi deber me obliga
á partir...

PEPE. Pero, José,

si he de sacar las matrículas
tendrás que darme...

JOSÉ. Despues...

PEPE. Pero atiende...

JOSÉ. Voy deprisa.

(Váse foro izquierda.)

ESCENA III.

Pepe, Juan.

PEPE. (Se fué sin darme un real.
¿Qué haré? ¿En situacion tan crítica
á quién le doy un sablazo...?
Voy á repasar la lista
de mis amigos, por si hay
quien me preste todavía.)

(Váse foro derecha.)

ESCENA IV.

Juan y á poco Ramona.

¡Caviloso está dun Pepe!
Apostaba una peseta
á que hoy se encuentra trunado...

(Se oye la campanilla.)

Peru alguien campanillea...
Voy á ver... ¡Guapa muchacha!

RAMONA. (Dentro.) ¡Qué se vaya usté á la escuela!

JUAN. Déjala pasar Dumingo.

RAM. (Saliendo.) ¡Vaya un chiquillo babieca!

JUAN. Perdone usted, hace pocu
que ha venidu de la tierra.
Yo soy más listu...

RAM. Lo creo.
(Tiene una cara de acémila.)
¿Está en casa don José?

JUAN. Cunviene que usted advierta
que hay un dun José y dun Pepe.

RAM. No me dé usté la jaqueca;
yo vengo buscando un hombre,
pues, que curre á las enfermas.

JUAN. ¿El Ductor...?

RAM. Precisamente.
JUAN. ¿Dun José?
RAM. ¡Jesús! ¡qué pelma!
JUAN. ¡Pues siento decirle...! vaya,
que es usted una morena...
me la comeria á usté.
RAM. No he venio yo de Utrera
pa que se coma un jumento
este manojo de yerbas.
JUAN. No entiendo...
RAM. Ni es necesario.
JUAN. (¡Creu que me llama bestia!)
RAM. Acabe usté de decirme
si vive en la casa esta
un médico que se llama
don José Andino.
JUAN Sí, prenda.
RAM. Pues entréguele esa carta...
JUAN. ¿Y hace falta la respuesta?
RAM. Él verá que no me han dicho
lo que he de hacer en su ausencia
más que entregarla.
JUAN. Caramba,
¡Si usted á mi me escribiera!
RAM. ¿Para qué?
JUAN. Para decirme...
¡amigu Juan, estas letras
te desean...!
RAM. Sabañones
que es la salud de las viejas.
JUAN ¡Qué graciosa!
RAM. Más en una
semana que otras en media.

ESCENA V.

Dichos y **Pepe**: este sale foro derecha y tropieza con **Ramona**.

Conque no olvide el encargo...
PEPE. (Saliendo.) No se á quien pedir...
RAM. (Tropezando con Pepe.) ¡Canela!
perdone usté.
PEPE. (¡Buen palmito!)
Darte las gracias debiera;
y si quieres que repita...

RAM. (Este será el que camela
mi señorita.) ¿Es usted
médico?
PEPE. Si estás enferma
verás qué pronto te curo..
RAM. Mil gracias; guarde su ciencia
para otra, que mi persona
no necesita de ella.
JUAN. (¡Ya me la está namurando!)
PEPE. Lo siento, porque quisiera
curarte con un abrazo.
RAM. Guárdese usté la receta,
porque yo no soy guitarra
ni bigolin, etcetera,
pa que nenguno me toque
sin que yo no lo consienta:
Conque salú y aliviarse
y ya escrebiré á la vuelta.
(Váse.)

ESCENA VI.

Pepe y Juan.

PEPE. ¡Vaya una chica graciosa
y con su sal y pimienta!
JUAN. Pimienta que no nus pica
á nusotros.
PEPE. (¡Por mi abuela
que se parece á Dolores!)
JUAN. ¡La rapaza es una prenda...)
PEPE. (¡Prenda...! ¡Hé ahí una palabra
que me sugiere una idea...!
¿Qué empeñaré...?)
JUAN. (Tomando un plumero y empezando á limpiar lo que expresa el diálogo.)
Quitaréle
algo de polvo á esta mesa.
PEPE. (¡Ya sé! ¡empeño la levita
de mi primo, que está nueva!
(¿Cómo haré para evitar
que Juan se entere...?)
JUAN. Ya queda
límpia España.
PEPE. (Si lograra

engañarle...)

JUAN. ¡Ea! ya en regla
déjulo todu.

PEPE. Ven, Juan.

JUAN. Señurito...

PEPE. Ven más cerca.

JUAN. (¡Qué querrá...?)

PEPE. Veinte minutos
vas á estar de centinela
en ese balcon.

JUAN. ¿Yo?

PEPE. Escucha:
sin pestañear siquiera
á los balcones de enfrente
vas á mirar.

JUAN. (¡Qué faena!)
¿Y para qué...?

PEPE. Cuando asome
una muchacha muy bella,
alta y esbelta, con ojos
azules, boca pequeña,
con un lunar en la barba
y unos dientes como perlas,
me avisas.

JUAN. Si yo nu alcanzo
á ver desde aquí las señas.

PEPE. Fija bien la vista.

JUAN. Peru...

PEPE. Te voy á dar dos pesetas
si la ves.

JUAN. Ya eso varía.

PEPE. Que no te distraigas. (¡Ea!
Esta es la ocasion.)

(Entra por la segunda puerta izquierda.)

JUAN. (Al balcon.) Veamus
si me acuerdu de las señas.
Alta y esbuelta; cun dientes
azules... ojus de perla...
digu, al cuntrario, un lunar
en la barba, y muy pequeña
la boca.

PEPE. (Saliendo con un envoltorio.) Que mires bien,

No pago si pestañeas.

(Va á salir por el foro.)

Por no topar con mi primo
me voy por la otra escalera.

(Sale primera puerta izquierda.)

ESCENA VII.

Juan y á poco **Doña Dorotea** (foro izquierda.)

JUAN. Alta y jóven, y... ¡ya asoma!
No debe ser, que esa es vieja.
¡Esa será...! ¡No; tampocu...
es gorda, pequeña y fea!
¡Otra! Esa si... Señurito...
¿Dónde está? ¡De fiju es ella!
Señurito... ¡Se ha marchadu!
DOROTEA. ¡Uf! ¡qué pícara escalera!
JUAN ¿Quién será?
DOR. ¿Don José Andino
vive aquí.?
JUAN. Sí.
DOR. ¡Qué calor! (Abanicándose.)
Avísele por favor...
JUAN. Pues no está: salió y no vino.
DOR. Es una contrariedad
que me molesta en extremo.
JUAN. ¿Está usted enferma?
DOR. Temo
estarlo de gravedad.
En él estriva; yo se
que lo hará: no desconfío.
JUAN (Vamos: este será un lio
del señurito José.)
DOR. ¿Tardará?
JUAN. Sábelu Dios.
DOR. El esperar me encocora.
JUAN. Puede tardar una hora,
como puede tardar dos.
DOR. Un hombre que se dedica
á la humanidad doliente,
debe ser más consecuente

en su casa, y esto indica
un desarreglo fatal
en sus costumbres.

JUAN. ¡Oh! esu...

DOR. ¿Es capaz de tal exceso?
Yo le creí más formal.

JUAN. Hay de todu.

DOR. Pues me escamo;
y si á la ciencia no junta
otras dotes...

JUAN. (¡Ya...! pregunta
por el otru... por el amu!)

DOR. No me extraña, si la edad
no es aun la de la experiencia:
sigue tal vez la tendencia
del siglo, la veleidad
en gustos y en pareceres,
que hace del hombre inconstante
una promesa de amante
prendida con alfileres:
será práctico en amor
y maestro en el querer...
¡qué calor...! ¡oh! desde ayer
(Levantándose.) no hay quien resista el calor.
Más de mi enojo no eximo
su conducta censurable.

JUAN. (Entonces es indudable
que pregunta por el primo.)

DOR. Debia tener sus horas
como es cosa regular,
y así no haria esperar
tanto tiempo á las señoras.
Más no debo discutir
cuando el refran lo proclama;
así «cobra buena fama
y échate luego á dormir:»
volveré, sí: quiero dar
á mi afan satisfaccion...
mas me causa una estorsion
esto de salir y entrar...
Soy de una naturaleza
tenaz, y si se me obliga...
es muy malo que yo diga
«por ahí meto la cabeza.»

Pues logro mis intenciones
en detalle ó en conjunto:
por eso con mi difunto
tuve algunas desazones.
Yo no fuí nunca vencida
á la larga ni á la corta.

JUAN. ¿Peru esu á mí qué me importa?

DOR. Pues me agrada la salida.
Eso es llamarme parlera...

JUAN. No señora.

DOR. ¡Charlatana!

JUAN. Tampoco.

DOR. ¡Bien! ¡casquivana!

JUAN. No fué ciertu.

DOR. O bachillera.
Usted algo me ha llamado
por el estilo ó peor...

JUAN. ¡No señora!

DOR. Sí señor:
es usted un descarado.

JUAN ¿Yo?

DOR. Si tal, un incivil:
al fin gallego.

JUAN. Señora.

DOR. Voy á visitar ahora
á las señoras de Gil:
viven en la vecindad,
como no se hayan mudado;
de la calle del Soldado
á la de la Libertad
no es la distancia extremada;
conozco bien el camino;
diga usté al señor Andino
no, no le diga ustéd nada.
¡Si soy lo más distraida...!
cuando vuelva le he de ver,
y entonces podrá saber
la causa de mi venida.
Me parece lo mejor,
y en ello no me equivoco...
¡Adios, tardaré muy poco!
¡Jesucristo, que calor!

(Sale foro abanicándose muy deprisa.)

ESCENA VIII.

Juan.

¡Válgame nuestra Señora!
¡Qué mujer! ¡ yo me confundo!
¡No es posible que en el mundo
haya otra más habladora!
¡No callará ni aun difunta
segun el tiempo apruvecha...
el casu es que hasta la fecha
nu sé por quién me pregunta!

ESCENA IX.

Dichos, **Pepe**, foro.

PEPE. En esas casas de empeño
sirven con gran rapidez.
JUAN. ¿A quién le doy el recado?
PEPE ¿Qué dices, Juan?
JUAN. ¡Voto á cien!
PEPE. ¿Por qué tan incomodado
estás? ¿Se puede saber?
JUAN. Por usted y por su primo.
PEPE. ¡Qué demonio!
JUAN. Por usted,
porque es calevera, y por
su primo que no lu es;
y como llevan los dos
el mesmo nombre, y tambien
el mesmu apellido, vienen
preguntando, y yo no sé
si preguntan por el diablo
ó buscan á San Miguel.
PEPE. ¿Y quién vino?
JUAN. Una señora,
así, de buen parecer,
alta y esbuelta, y cun ojos...
muy vivos... yo creu que
seria la vecinita
del balcon.
PEPE. (¿Seria Inés?

JUAN. Pur ciertu que prometióme
dos pesetas.
PEPE. Bueno, bien.
JUAN. Y yo ganélas.
PEPE. No es cierto.
JUAN. Yo juro que le avisé.
PEPE. Toma y vete. (Dándole una moneda.)
JUAN. ¡Una peseta!
Otra me queda á deber.
PEPE. Lárgate pronto, ó prometo
pagártela en puntapiés.
(Váse Juan.)

ESCENA X.

Pepe, enseguida José.

PEPE. Ese gallego es un tuno;
pero al cabo le engañé.
¡Veinte pesetas! ¡Buen dia
hoy me prometo tener!
¿Y si mi primo lo sabe...?
Yo haré que él mismo me dé...
JOSÉ. (Saliendo foro izquierda.)
¡Ola, Pepe!
PEPE. ¡Bien llegado!
Segun en tu cara advierto,
vienes muy alegre.
JOSÉ. Cierto.
PEPE. La enferma habrá mejorado...
JOSÉ. Sí, tal.
PEPE. En este hemisferio
ningun médico te gana;
el que contigo no sana...
(de fijo va al cementerio.)
JOSÉ. Me adulas en sumo grado.
PEPE. ¡Tú serás famoso y rico!
(A ver si me presta el pico.)
JOSÉ. Escucha lo que ha pasado.
A la guardilla llegué
donde la enferma está en cama.
y á una distinguida dama
á su cabecera hallé.
PEPE. Oirte me maravilla;

¿esa dama á qué subió...?

JOSÉ. La caridad la llevó
á la mísera guardilla:
yo la conocí en el Norte,
hablamos y... ¡quién diria!
por ella sé que Sofía
desde ayer está en la Córte.

PEPE. ¿Quién es Sofía?

JOSÉ. Es verdad,
que nunca de ella te hablé:
es la jóven que salvé
de penosa enfermedad.

PEPE. ¡Calle! ya mi mente alcanza...
¿Será aquella que hace poco
digiste que, como un loco,
adoras sin esperanza...?

JOSÉ. La misma. Entonces vivia
con un pariente opulento,
y un brillante casamiento
para ella tratado habia:
supo mi amor, y altanero
me dijo con gran fiereza
«si adoraba la belleza,
de Sofía ó su dinero.»
A una injuria tan grosera
con dignidad contesté;
y aquel dia me ausenté
dejando el alma en Utrera.

PEPE. Permíteme que me asombre.
¿Nada digiste á Sofía?

JOSÉ. La escribí que aquí venia
posicion buscando y nombre;
y que si lograba ser
digno de ella...

PEPE. Quijotismo:
¿Media acaso algun abismo
entre tí y esa mujer?

JOSÉ. Yo empezaba mi carrera
á ejercer...

PEPE. ¿Y ahora has sabido?

JOSÉ. Que ella á Madrid ha venido
y permanece soltera.
Sé que su tio murió,
y el marqués del Arenal

le disputa el capital
que de su tio heredó.
Verla ansío; pero aquí
lucha el temor y el deseo,
porque por mi mal preveo
que se ha olvidado de mi.

ESCENA XI.

Dichos y **Juan**, por el foro.

JUAN. Señor...
JOSÉ. ¿Qué ocurre?
JUAN. Que yo
olvidé darle un recado:
aquí una jóven ha estado
y esta carta me dejó. (Entregándola.)
JOSÉ. (Viendo el sobre.)
¡Cielos! ¡Letra de Sofía!
PEPE. Admiro tu buena estrella.
Si antes dudaras de ella,
antes la carta vendria.
JOSÉ. (Despues de leer.)
(El pleito ganó el marqués.)
PEPE. Segun en tu cara leo,
corresponde á tu deseo
la carta.
JOSÉ. Cierto; así es.
Quisiera ocultar en vano
que hoy me place pobre verla,
por la dicha de ofrecerla
mi posicion y mi mano.
PEPE. (Mal se ponen mis asuntos.)
¿Y encadenarte al nupcial
yugo pretendes?
JOSÉ. Si tal.
PEPE. Dime: ¿viviremos juntos...?
JOSÉ. Me sorprende que eso creas.
Puedes ya buscar...
PEPE. ¡Qué escucho!
JOSÉ. Primo, yo te estimo mucho;
mas sé del pié que cojeas.
Vaya, adios.
PEPE. ¿Qué haré desde hoy?
JOSÉ. Estudiar con ardimiento.

PEPE. (Me pierde este casamiento.)
JOSÉ. Juan.
JUAN. Señor...
JOSÉ Mientras que voy
un enfermo á visitar
el traje negro dispon.
(Váse foro izquierda.)
PEPE. (¡El traje...! ¡Qué situacion!)
JUAN. Voile al punto á cepillar.

ESCENA XII.

Pepe, Juan.

PEPE. (A Juan que se dirige á la segunda puerta izquierda.)
(¿Qué debo hacer...?) Juan, espera.
No hallarás el traje ahí.
JUAN. ¡Cómo!
PEPE. Lo tengo yo aquí.
JUAN. ¿En dónde?
PEPE. En esta cartera. (Enseñándola.)
JUAN. ¡¡Qué!!
PEPE. Tu duda es natural.
(Enseñándole la papeleta.)
Mira ese papel.
JUAN. ¿No sueño...?
¡Una cédula de empeño!
¡Si será usté liberal!
PEPE. Me he visto en grandes apuros.
A desempeñarlo vés
y yo te daré despues,
de regalo, cinco duros.
JUAN. ¡Cinco!
PEPE. Palabra de honor
que te los daré mañana.
JUAN. Bueno. (Si él se llama Andana,
me los pagará el doctor.)
(Váse foro izquierda.)

ESCENA XIII.

Pepe.

¡Me he salvado! El sable esgrimo
de la trampa, como un Cid;

¿mas sucumbiré en la lid
cuando se case mi primo?
El me diera proteccion
si yo no fuera un perdido...
Desde hoy mismo me decido
á variar de inclinacion.
Concluiré mi carrera...
(Se sienta á la mesa y coje un libro)
Vamos... las dos van á dar...
si va á la cita Pilar...
Sí; de fijo que me espera.
(Resuelto.) ¡Qué espere! ¡Tendré valor!
Estudiaré con denuedo,
y en aplicándome, puedo
en tres años ser doctor.
*Yo por mi edad bien prodria
*ejercer ha tiempo... sí;
*pero tan solo aprendí...
*lo que olvidar deberia...
(Leyendo.) «Troussó dice.»
(Pausa, durante la cual figura estudiar; luego bosteza.)
¡Voto á tal!
¡Ya empiezo á sentir el sueño!
¡Aunque estudie con empeño
siempre me sucede igual!
(Leyendo.) «La tos es una afeccion...»
(Pausa.)
(Hablado) Yo creo que el tal Ginés
amarra siempre el entrés.
¡Pobre Pilar...! ¡Qué planton...!
No voy... estudiar prefiero.
(Se levanta, se dirige al foro y retrocede.)
Mejor es decirla... sí...
bajo, la hablo y vuelvo aquí.
(Vuelve desde la puerta del foro.)
No señor; vencerme quiero.
(Leyendo.) «Si la tos dá en fatigar
se ha de combatir...»
¡Las dos!
(Se oyen de un relój de sobremesa.)
¡Qué me importa á mi la tos!
Me voy á ver á Pilar.
(Se dirige al foro y en este momento entra Doña Dorotea.)

ESCENA XIV.

Dichos y **Dorotea.**

DOR. ¡Yo bien sabia que estaba!
PEPE. (¡Qué miro!)
DOR. (¡Cielos! ¡Qué veo!)
PEPE. (¡La jamona á quién seguí
desde San Ginés!)
DOR. (¡No sueño!
El jóven que hace dos dias
me siguió... ¡vaya un encuentro!)
PEPE. (¡Qué casualidad!) Señora...
descanse usted. (Ofreciendo silla.)
DOR. ¡Agradezco
su amabilidad, doctor!
PEPE. (¡Doctor!)
DOR. Su claro talento
cual médico especialista
para dolencias de pecho,
llegó hasta mí.
PEPE. La suplico...
DOR. En diarios, cartas, folletos,
de fama tan merecida
brillan los claros reflejos.
PEPE. (Me confunde con mi primo.)
Señora...
DOR. Ayer, la de Prieto
que le conoce á usted mucho,
me hacía un relato extenso
de sus curas prodigiosas,
que arguyen conocimientos
especiales... y eso que
acá inter nos le confieso
que la tal señora tiene
una lengua ¡Dios del cielo!
muda para los elogios,
suelta para los defectos;
(Pepe hace esfuerzos para interrumpirla.)
pero usted la ha cautivado
sin duda, y en su concepto
ocupa usted un lugar
principal; es privilegio

de todo aquel que en su oficio,
profesion, carrera ó puesto,
logra fama, y entre todos
se distingue por su génio.
Aunque en Madrid suele darse
al charlatanismo crédito,
mientras viven olvidados
otros que son... el Gobierno
debia tomar alguna
medida, pues... por ejemplo,
formar un padron de sábios,
y señalarles un sueldo
decente del fondo de
calamidades ¿no es esto?
¡Qué calor!

PEPE. (¡Qué granizada,
digo yo!)

DOR. Tomé el consejo
de mi amiga, que en resúmen
puede serme de gran precio,
y como precisamente
vive en el piso tercero
de esta casa, al retirarme
y bajar, no pude ménos
de entrar aquí; supe entonces
por el criado gallego
que no estaba usted; mas yo,
que habia formado empeño
en consultarle, fuí á ver
un rato á doña Loreto
Gil Barriga, una señora
con un abdómen tremendo,
esposa de un propietario
que reside en Ciempozuelos,
y ella en Madrid; mas no crea
que el poner tierra por medio
fué por culpa de mi amiga,
no señor, nada de eso:
él fué el traidor, el infiel,
el villano, el trapacero.
¡Pícaros hombres, malvados,
siempre la culpa es de ellos!

PEPE. Gracias por lo que á mí toca.

DOR. Distingo: los hay muy buenos.

¡Mi Manuel era un bendito!
Cada vez que le recuerdo...
¡Pobre esposo mio! (Explosion de llanto)

PEPE. (¡Y llora!)
(Es muy guapa y tiene un cuerpo...)
Serénese usted.

DOR. Pues bien, (Serena)
como le iba á usted diciendo...
la causa de mi dolencia...
yo soy viuda.

PEPE. ¿Estriba en eso
su mal?

DOR. (Reconviniéndole) Jóven...

PEPE. Diré á usted,
hay mil casos, mil ejemplos...
una viudez prematura
altera siempre los nervios,
y produce desazones,
síncopes y otros excesos.

DOR. Acaso...

PEPE. (Tomándole una mano)
Veamos el pulso.
Tiene usté un cutís tan terso...

DOR. No me oprima usted la mano.

PEPE. No haga usted caso; yo suelo
á veces con mis enfermas
usar este tratamiento.

DOR. Suprímalo usted conmigo.
Mi mal está aquí.

PEPE. ¿En el pecho?

DOR. Si señor.

PEPE. Si no se alivia,
convendrá reconocerlo.

DOR. Siento unas palpitaciones,
y unos ahogos, y un peso...
¡Ay! ¡la muerte de Manuel
me hizo un daño tan tremendo...!
Por su amor hácia la pátria
hoy yace en el cementerio.

PEPE. Sin duda le fusilaron
en el período sangriento,
de la reaccion.

DOR. No á fé.

PEPE. Entonces...

DOR. Va usté á saberlo.
Se empeñó en ser diputado,
aunque era un manso cordero...
una paloma sin hiel...

PEPE. Es que para ir al Congreso...

DOR. No importa; se necesita
ser hombre.

PEPE. Sí, si por cierto.
(¿Pues qué seria Manuel...?)

DOR. En fin, se salió con ello,
y obtuvo una mayoría
de votos por Rivadeo.
En una sesion se hablaba
de indemnizar á un sugeto,
á quien una línea férrea
estropeaba su huerto;
llamábase el tal, Chinchilla;
mi esposo, que era algo deudo
del perjudicado, quiso
romper lanzas en su obsequio,
y en el calor del discurso
que era erudito y ameno,
en vez de decir «Chinchilla,»
dijo «Chanchullo.»

PEPE. (Riendo) ¡San Telmo!

DOR. La oposicion lo celebra,
mas la mayoría, viendo
ó creyendo ver, que el dicho
perjudicaba al Gobierno,
dirige á mi pobre esposo
los más atroces dicterios:
Manuel pide la palabra,
se restablece el silencio;
todos esperan con ánsia
que rectifique; en efecto,
mueve los lábios... y lanza
un estornudo tremendo.

PEPE. ¡Diantre!

DOR. Con este motivo
se alborota el Parlamento;
los diputados se rien,
el público bullanguero
de las Tribunas, le dice
«¡Dios te ayude!» á voz en cuello.

«¡Afuera los que han gritado»
exclama desde su asiento
el Presidente, y se escucha
un atroz campanilleo!
¡Que no salgan! ¡Que si salgan!
«¡Eso no es justo!» ¡Silencio!
—¡Pido la palabra!—¡Fuera!
—¡Ya no hay palabra!—¡Protesto!
«¡Arbitrariedad!» «¡Justicia!»
«¡Que se callen!» «¡No queremos!»
Se dicen unos á otros
los más duros epitetos;
el Presidente se cubre
y sale con los maceros,
y mi pobre esposo, atónito,
sofocado, medio muerto,
sale á la calle, le pasa
un aire, cae en el lecho
con un dolor de costado
que me costó muchos pesos,
y despues de dos sangrías,
y sanguijuelas y eméticos,
sinapismos y cantáridas
y otra porcion de remedios,
cerró el ojo, y hoy el pobre
descansa en el cementerio...
Deje usted que á su memoria
vierta...

(Pepe toma un vaso con agua y Dorotea despues de beber, vuelve á llorar.)

PEPE. (Vuelta al lloriqueo.)
¡Sabe usted que el episodio
es interesante y nuevo
en los anales parla-
mentarios!

DOR. ¡Ay! yo padezco
desde entonces lo indecible.

PEPE. Sí: le echará usted de ménos.

DOR. ¡Me hace mucha falta, mucha!
¡Jesús, qué calor!

PEPE. ¡Lo creo!

DOR. ¡Siento unas palpitaciones!

PEPE. A ver... ¡Ay, yo no estoy bueno!
(Aproximando el oido al pecho.)

DOR. ¿Qué opina usted...?

PEPE. (¡Y ahora cómo
la digo que no soy médico!)
A usted lo que la conviene
es refresco, sí, refresco...
debe usted por las mañanas
beber... sí, cuartillo y medio
de agua en la fuente de la
Salud... es licor ascético,
y que aprovecha á las viudas.
DOR. ¡Singular medicamento!
¿Conque al Retiro?
PEPE. Al Retiro.
Yo iré por allí... con eso
podré estudiar á mi modo
de esas aguas los efectos,
que no dudo...
DOR. ¿Pero usted
suele dar esos paseos
con sus enfermas?
PEPE. Los doy
cuando me inspiran el tierno
interés que usted.
DOR. Mil gracias.
¡Es usted muy lisonjero!
PEPE. Y usted muy bonita.
DOR. (¡Vaya
con el perillan!)
PEPE. No miento.
DOR. (Está perdido por mí
segun se ve.)
PEPE. Ahora espero
para visitarla las
señas de su alojamiento.
DOR. Ahí van. (Dándole una tarjeta.)
PEPE. (Leyendo.) «Dorotea Picos.»
DOR. Servidora.
PEPE. (¡No hay remedio:
yo me voy á picos pardos!)
DOR. A mayor abundamiento,
han hecho mi mal más grave
las fluctuaciones de un pleito
en el cual se atravesaban
dos millones.
PEPE. ¡Cien mil pesos!

DOR. En sentido favorable
dictó su fallo el Consejo,
y ya divisa mi mente
un porvenir muy risueño
si usted me libra, doctor,
de los ataques de nervios.

PEPE. Yo de su naturaleza
haré un estudio completo.

DOR. Mi gratitud será eterna.

JUAN. (Saliendo.) Ya desempeñé...

PEPE. (Mastuerzo, calla.) Señora...
(Ofreciéndola el brazo.)

DOR. Mil gracias.

PEPE. (La he flechado.)

DOR. (Tragó el cebo.)

ESCENA XV.

Juan por la derecha, **Pepe** foro.

JUAN. Acasu se habrá entendidu
cun la jamona... misterius...
preguntaba pur el otro
y este le sale al encuentru.

PEPE. (Saltando y palmoteando.)
¡Dos millones!

JUAN. ¿Qué le pasa...?

PEPE. Saluda á don José Creso. (Subiendose en una silla.)

JUAN. ¡Cresu!

PEPE. Si.

JUAN (Siguiéndole.)
Me debe usted
pur prupina y desempeño...
doscientos...

PEPE. Pronto he de darte
seiscientos reales lo ménos.

JUAN. ¡Seiscientos reales!

PEPE. Tendré
un hotel en Recoletos,
y caballos y carruajes,
¿sabes guiar?

JUAN. ¡Ay! yo temu...
qué... (Seña de que está loco.)

PEPE. Serás mi mayordomo,

mi pinche, mi cocinero...
Voy á ver qué renta anual
pueden dar al seis por ciento.

(Sale puerta derecha.)

ESCENA XVI.

Juan, José, foro.

JUAN. ¡Válgame la Magdalena!
¡Está tocado al celebru!
JOSÉ. (Saliendo.) Al fin voy á verla.
JUAN. ¡Pobre
señuritu!
JOSÉ. ¿Qué tenemos?
JUAN. Que está locu...
JOSÉ. ¿Quién?
JUAN. ¡Y rie,
y dá saltus como un perru!
JOSÉ. ¿Pero quién?
JUAN. ¡El señuritu!
JOSÉ. ¿Loco?
JUAN. ¡Pues... de mediu á mediu!
y puedu seguramente
decir: «¡adios mi dinero!
JOSÉ. ¡Loco!
JUAN. ¡Ya ve usted, pretende
comprar un hutel soberbio!
JOSÉ. ¡Un hotel!
JUAN. Cun mayordomo.
y duncellas y jamelgus,
y coches...
JOSÉ. O estás borracho,
ó él delira.
JUAN. ¡Por supuesto!
¡y va á darme una prupina!
JOSÉ. De puntapiés.
JUAN. De... lu ménos
de treinta duros.
JOSÉ. ¡Espérale sentado!
JUAN. ¡Válgame el cielu!

(Sale Pepe con sombrero.)

ESCENA XVII.

Dichos y **Pepe** con sombrero.

PEPE. Con esa renta se alcanza...
JUAN. Ahí le tiene usted: me escama.
PEPE. Voy á ponerle en un ramo
la Quinta de la Esperanza.
JOSÉ. Primo...
PEPE. ¡Ya salí de apuros!
¡Soy rico!
JOSÉ. ¡Qué insensatez!
PEPE. Yo te prestaré á mi vez...
Ahora dame cuatro duros.
JOSÉ. Creo que sin juicio estás.
PEPE. ¿Me los niegas?
JUAN. No me explico...
¡Vaya un modu de ser rico!
¡despujando á lus demás!
PEPE. No me importa ni los quiero;
dentro de unos dias...
JOSÉ. Sí,
te encierran.
PEPE. ¡Oh! ¡lo que á mi
me va á sobrar es dinero!
JUAN. Pues que pague es natural.
PEPE. (Completamente aturdido abrazando á Juan.)
¡Hasta luego, primo mio!
JUAN. ¡Señurito!
JOSÉ. ¡Qué estravío!
PEPE. (Dando un puntapié á José.)
¡Toma tú, por animal
JOSÉ. ¡Canario!
JUAN. ¡Valiente maula!
PEPE. Pronto vuelvo... hasta despues.
(Sale precipitadamente por el foro.)
(José le dice desde el foro gritando.)
JOSÉ. Primo, voy á Leganés.
á que preparen la jaula.

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Gabinete adornado con lujo; puerta al foro y laterales.

ESCENA PRIMERA

Sofía y Ramona.

SOFÍA. ¿Le viste?
RAMONA. No estaba en casa
cuando le entregué al criado
la carta; pero volvió
aluego.
SOFÍA. (Con interés.) ¿Verdad que es guapo?
RAM. ¡Por supuesto...! es un sugeto
que puede vender er garbo
por kilómetros, segun
se practica en el mercao.
SOFÍA. Y simpático...
RAM. ¡Canela!
¡Yo lo creo que es simpático!
SOFÍA. Y muy modoso...
RAM. Y amable...
Me quiso dar un abraso.
SOFÍA. ¡Que quiso?
RAM. Sí: con la cara
y er pelo... en fin, y las manos.
SOFÍA. (¡Ah!) Tú darias lugar...
RAM. ¿Yo, señorita...? al contrario...
SOFÍA. ¿Qué has de decir?
RAM. ¡Se lo juro!

SOFÍA. El nunca fué tan osado.
RAM. A veces él encogió,
se estira y es er más largo.
SOFÍA. ¿Abrazar él, que jamás
se atrevió á estrechar mi mano?
¡Quién sabe si la alegría
al saber de mí, de tanto
júbilo inundó su alma,
que distraido...!
RAM. Cuidado
que iba á abrazarme sin leer
de la carta ni un vocablo.
SOFÍA. (Picada.) ¡Vaya que despues de todo!
¡no es un hecho tan extraño
para que te pongas hueca!
RAM. ¡Zi yo no me pongo... vamos,
¿cre eusté que es la primera
vez que me dan un abrazo...?
SOFÍA. ¿Y qué te dijo?
RAM. Requiebros...
SOFÍA. ¡Dios mio!
RAM. Frases de gancho,
de las que tolera el uso
entre hombres bien educaos,
y doncellas casaderas
que han cumplido veinte años.
SOFÍA. ¿No te preguntó por mí?
RAM. Si lo hizo fué asin, tan bajo,
que no se enteró ni el cuello
de la camisa.
SOFÍA. ¡Dios santo!
¡O no es el mismo, ó está
totalmente trasformado!
¡Tan tímido en otro tiempo,
tan sumiso...!
RAM. Con el trato
zavispa mucho la gente...
y un médico al fin y ar cabo
no es nengun santo de yeso;
necesita desparpajo...
SOFÍA. Ya; pero no hasta el extremo
de usar ese desenfado...
RAM. La costumbre de tomar
el pulso, zuele llevarlos

á otras cosas...

SOFÍA. ¡No, Ramona,
quieres disculparle en vano!

RAM. Yo no diré que usted fíe
mucho en él...

SOFÍA. (Mirando el relój.) ¡Ah! Son las cuatro,
y mi tia que salió
á las once... ¿Le habrá dado
alguna de sus recientes
palpitaciones?

RAM. No achaco
á enfermedá su tardanza;
zabe usté bien que en tomando
la palabra en er inviesno
no la suelta hasta el verano.
(Campanilla.)
Probablemente será
esa que repica tanto...
¡Ya voy! Vamos, se propone
dar serenata en el barrio.
(Sale foro.)

ESCENA II.

Sofía, Dorotea, foro.

SOFÍA. No puedo borrar de aquí
de mi inquietud la honda huella...
¡atreverse á la doncella...
y no preguntar por mi!

DOROTEA. ¡Gracias á Dios! Estoy muerta
de cansancio...

SOFÍA. ¡Pero tia...!

DOR. ¡Y gracias á que el tranvía.
me ha dejado ahí en la puerta!

SOFÍA. ¡Desde las once.!

DOR. Si á fé;
yo pensaba volver antes,
más las horas son instantes
en Madrid.

SOFÍA. ¡Harto lo sé!

DOR. Dispensa...

SOFÍA. ¡Quieres callar!
¿No dispones á tu antojo

de tu persona...?

DOR. Tu enojo
voy al punto á disipar.

SOFÍA. ¿Vas á referirme algo
que valga la pena?

DOR. Y mucho.

SOFÍA. Pues empieza; ya te escucho.

DOR. Fuí á casa de las de Hidalgo.

SOFÍA. No sé de ellas desde Enero.

DOR. Sobrina, que algaravia
es la tal casa; María
se casa con un cajero.

SOFÍA. ¿De comercio?

DOR. ¡Estrafalaria
union...! es uno... ¡qué horror...!
que fabrica cajas por
cuenta de «La Funeraria.»
Entre un sermon y una homilia
el padre su mal conjura,
y ella dice que asegura
el entierro á la familia.

SOFÍA. No estará su juicio sano.

DOR. Pues asi procede es óbvio.
Llegué cuando estaba el novio
solicitando su mano.
La escena de más furor
de un drama de Víctor Hugo;
allí, á falta de verdugo
habia un enterrador.
El padre niega mohino;
la chica llora en secreto,
y él dice que las de aveto
son mejor que las de pino.
La escena fué extraordinaria,
como otra tal vez no habrá:
¡ya ves, un padre á quien dá
un yerno «La Funeraria!»

SOFÍA. ¿Pero y ella?

DOR. Por su amor
luchará con arrebato...
allí he pasado un buen rato
riendo á más y mejor.
Luego fuí á casa de Inés:
mucho tengo que contarte,

pero antes deseo hablarte
de un negocio de interés.

SOFÍA. Yo tambien hablarte quiero
de cierto importante asunto.

DOR. Pues empieza, y yo haré punto.

SOFÍA. No: concluye tú primero.

DOR. En mis cartas tiempo há
te dije más de una vez
que el estado de viudez
iba cansándome ya.

SOFÍA. Sí, recuerdo...

DOR. Por respeto
á mi difunto marido
renuncié más de un partido...
esto no es ningun secreto.
De mí no puede quejarse,
pues vertí á raudales llanto;
pero en fin, quien llora tanto
acaba por consolarse.
Soy jóven, mi posicion
al matrimonio me lleva
otra vez...

SOFÍA. Eso me prueba
que has hecho ya tu eleccion.

DOR. Sí... y no.

SOFÍA. No entiendo á fé mia
tu modo de razonar.

DOR. Voy ingénuamente á hablar
contigo, bella Sofía.
Cuando estuve en San Ginés
en misa el lunes pasado
un jóven muy bien portado,
y de aire fino y cortés,
agua bendita me dió;
miróme con mucho fuego,
y á cierta distancia, luego,
hasta casa me siguió.
Al otro dia volví
á misa, y allí le hallé,
dejando adivinar que...
que está prendado de mi.

SOFÍA. ¿Y á tí te agrada?

DOR. Imagino
que no me ha de hallar tirana:

oye lo que esta mañana
me ha deparado el destino.
Con el fin de consultar
acerca de mi dolor
á un afamado doctor
cuya ciencia es ejemplar,
subí á su casa, situada
en la calle del Soldado,
número seis, triplicado...

SOFÍA. (Con interés.) ¡Seis!

DOR. Y de asombro admirada
al presentarse el doctor,
al jóven reconocí
de San Ginés.

SOFÍA. (¡Ay de mí!)

DOR. ¡Se alegró mucho!

SOFÍA. (¡Traidor!)

DOR. Es una buena persona;
en fin, se ha dado tal maña
conmigo...

SOFÍA. (Ya no me extraña
el abrazo de Ramona.)

DOR. Que me rindo á su insistencia
si mi amor vuelve á pedir;
ya le verás.

SOFÍA. ¿Va á venir...?

DOR. Cuenta ya con mi licencia.

SOFÍA. (¡Y tendrá ese hombre valor
sabiendo que yo...?)

DOR. ¿Qué dices?

SOFÍA. Deseo veros felices.
(¡Voy á estallar de furor!)

DOR. Ahora á tí te toca hablar.

SOFÍA. En otra ocasion lo haré.
(¡Y yo en su amor confié...
Mi llanto quiero ocultar!)
(Váse.)

ESCENA III.

Dorotea y enseguida **Ramona** y **Juan** (con un ramo de flores).

¿Qué le pasará á está chica...?
Se ha puesto tan séria y grave...
¿Si tendrá envidia...? ¡Dios sabe!
Su cara al ménos lo indica.

RAM. (A Juan al foro.) ¿Por quién viene preguntando?
JUAN. (Idem.) Doña Durotea de..
RAM. Espérese usté. Señora,
por usté pregunta...
DOR. ¿Quién?
RAM. (Reparando.) (¡Es su criado!) Que pase.
JUAN. (Entrando) (Ahora empieza mi papel
de embajador) pues... señora
tengu el hunor de poner
estas flores...
DOR. Delicadas y preciosas.
JUAN. A sus piés.
(Comu dun Pepe me dijo,
lu mesmu lu relaté.)
DOR. ¿Son para mí...?
JUAN. Ciertamente.
DOR. ¿Pero de parte de quién...?
JUAN. De parte de... nu empecemus
comu esta mañana, pues
usted sabrá de qué parte
puede venir.
DOR. Voy á ver. (Sacando una tarjeta del ramo)
«A mi más querida enferma
el doctor de ménos prez.»
JUAN. (Y dale cun el ductor
cuando ha sido el otro el que...)
DOR. No recibí tal fineza
de mi difunto Manuel.
Dígale usted que agradezco
mucho su obsequio cortés,
y que espero su visita.
JUAN. Diréselo al punto, que él
aguardáme abajo.
DOR. Tome
para refrescar.
JUAN. (Rehusando y alargando la mano)
Nu sé...
si tomar... (¡una peseta!
vengan ramos que traer.)
(Saludando.) Señora. (Nu es mal bucado
la jamona.) Hasta despues.
(Sale foro.)
DOR. (A Ramona que ha estado limpiando los muebles.)
Ramona, lleva este ramo,

que es hermoso, como ves,
á mi gabinete y ponlo
en agua.

RAM. (Incomodada.) Bueno; está bien.
(Manda flores á la tia
y á su novia no ¡qué ley!
¡Si se me suelta la lengua
voy á armar aquí un belen!)

(Váse.)

DOR. Hoy pondré á mi lengua tasa;
y escuchándole, podré
descubrir si en su cariño
hay pureza ó hay doblez.

(Desde el foro.)

Oigo sus pasos; se acerca.

PEPE. Señora, á los piés de usted.

ESCENA IV.

Pepe y Dorotea.

DOR. Tome usté asiento, doctor.

PEPE. Esperar más no he podido,
y afanoso aquí he venido
por si estaba usted peor.

DOR. ¡Un doctor bien complaciente
es usted... no de los malos!

PEPE. ¿Por qué?

DOR. Porque hace regalos
á la humanidad doliente.
Son delicadas las flores
de ese ramo.

PEPE. ¡Quién repara!
Usted las tiene en la cara
de más hermosos colores.

DOR. ¡Lisongero!

PEPE. Es la verdad:
yo no adulo.

DOR. (¡Pues señor,
está perdido de amor!)

PEPE. Volviendo á su enfermedad,
cuyos progresos admiro,
poniendo á la ciencia asédio
he dado con el remedio.

DOR. ¿Pasear por el Retiro?
PEPÈ. Eso despues.
DOR. ¡San Antonio!
¿Pues á dónde va á parar...?
PEPE. La conviene á usté tomar...
un baño de matrimonio.
DOR. ¡Casarme...! ¡quién lo diria!
PEPE. ¡De ese modo el mal se ataja;
los nervios entran en caja...
(y tu dinero en la mia!)
DOR. (¡Pues esto marcha al vapor!)
PEPE. ¿Qué dice usted?
DOR. No es prudente
á mi edad...
PEPE. Precisamente
está usted en la mejor.
DOR. Treinta y tres...
PEPE. Edad viril...
DOR. (Debo estar muy encarnada.)
PEPE. En fin, la más adecuada
para el registro... civil.
DOR. Aparte de esa cuestion,
mi amor propio ya no espera
un pretendiente que quiera
prestarse á mi curacion.
PEPE. ¡Cómo!
DOR. A su juicio lo dejo.
PEPE. Señora... ¡qué desatino!
¿Usted no sabe que el vino
mejor es el más añejo?
DOR. Sin embargo, es evidente
y palmario que mi mérito
va siendo ya algo pretérito.
PEPE. Pues yo creo que es presente.
DOR. No me adule usted así.
PEPE. En tal asunto no cabe
lisonja.
DOR. ¿Pero usted sabe
de alguno que piense en mí?
PEPE. Sí por cierto, uno que adora
en silencio, con fé rara.
DOR. ¡Conocerle me alegrara...!
PEPE. Le está usted viendo, señora
DOR. ¡Usted!

PEPE. Yo.
DOR. ¡No puede ser!
PEPE. Permita usted que me asombre.
¿Es caso raro que un hombre
se prende de una mujer?
DOR. De una jóven la pasion
dura más, con más empeño.
PEPE. Es que yo... soy extremeño...
DOR. ¡Y qué?
PEPE. Y prefiero el jamon.
Pollas, y no de corral,
es manjar que no ilusiona;
pero en cambio una jamona,
siendo hermosa es mi ideal;
brinda manjares al alma
de un gusto desconocido;
yo para usted he nacido.
DOR. No juegue usted con mi calma.
No turbe usted la quietud
que hace tiempo no se altera,
ni ponga de esa manera
tropiezos á mi virtud.
Si echáramos hoy la sonda
á su pasado, quizá
resultaria... ¡tendrá
usted cada trapisonda!
PEPE. ¡No niego que alguna vez
me ha tentado la serpiente
como á digno descendiente
de Adan!
DOR. ¡No está usted mal pez!
PEPE. Pero sin profundizar
la epidermis.
DOR. ¡Bien! ¿Y ahora?
PEPE. La herida es grande, señora;
usted la puede curar.
Usted puede hacer que duerma,
coma y viva á mi sabor.
DOR. ¡Cosa más rara! ¡un doctor
curado por una enferma!
PEPE. Raro y todo yo lo admito;
mi situacion es muy grave.
DOR. ¿De verás?
PEPE. ¡Duda no cabe!

DOR. ¿Sufre usted mucho, Pepito?
PEPE. ¡De un modo desgarrador!
DOR. (¿Será verdad?)
PEPE. ¡Y ahora más,
al saber que usted quizás
se burla de mi dolor!
DOR. ¡Jesús, que ruin pensamiento!
No abrigue usted esa idea.
Tambien sufro... (Bajando la voz.)
PEPE. ¡Dorotea...!
DOR. Y... no sé lo que aquí siento.
PEPE. ¡Oh dicha!
DOR. Una sensacion
que destruir quiero en vano...
si pusiera usted la mano
aquí... sobre el corazon...
Siento unas palpitaciones...
(Que recoquetona soy...)
PEPE. (¡Se me figura que estoy
tocando los dos millones!)
Pues bien, deme usted el sí...
¡sacie mi ardiente apetito...!
DOR. ¡Ay!
PEPE. ¡Dorotea!
DOR. ¡Pepito...!
¡qué no abuse usted de mí!
PEPE. Esa dulce simpatía
amor puro manifiesta;
ya espero...
DOR. ¿El qué?
PEPE. Su respuesta.
DOR. Concédame usted un dia.
PEPE. ¡Qué horror!
DOR. ¿Son tan absolutos
sus deseos?
PEPE. Cuando asédia
el amor...
DOR. ¿Una hora... (Signo negativo de Pepe.) media?
PEPE. Vayan los treinta minutos.
No espero un fallo contrario
á mi ventura...
DOR. Tal creo.
PEPE. ¡Mi dicha en sus ojos leo!
¡Adios! (¡Ya soy millonario!)

RAM. (Presentándose al foro.)
La costurera Pilar.
PEPE. (¡Ella!)
DOR. Dí que al punto voy.
PEPE. (Si me vé perdido soy:
veré si puedo escapar.)
(Sale foro.)

ESCENA V.

Dorotea y á poco **Sofía.**

DOR. ¡Dios mio! ¡Si me parece
mentira...! ¡pero es verdad!
¡Sofía..! ¡niña!... ¡qué gozo!
SOFÍA. ¿Llamabas...?
DOR. Sí; ven acá.
SOFÍA. No estás poco satisfecha.
¿Qué es lo que ocurre?
DOR. Sabrás
que está resuelta mi boda;
se acaba de declarar
el doctor, y espera en breve
mi resolucion formal.
SOFÍA. ¿Luego ha venido...?
DOR. Ahora mismo
se marchó.
SOFÍA. (¡Qué iniquidad!)
DOR. Me ha demostrado que tiene
por mí en el pecho un volcan;
que me idolatra...
SOFÍA. (¡Traidor!)
¡Ay!
DOR. ¿Oye, te sientes mal?
Has palidecido...
SOFÍA. (¡Infame!)
DOR. Y tiemblas... Voy á llamar.
SOFÍA. Detente... No siento nada...
DOR. La tila te convendrá.
Dispondré te la preparen...
Andino debe llegar
muy pronto, y yo le diré...
Es una felicidad
tener un médico en casa;

así que venga, verás
cómo te manda un calmante
y te libra de ese mal
de los nervios. porque tú...
aunque lo quieres negar,
padeces, sobrina mia,
de la misma enfermedad
que tu tia; es de familia...
yo espero que al variar
de estado... (Me tiene envidia,
no puede disimular...)
Dispondré que cuezan tila
y aquí te la traërán.

(Vása.)

ESCENA VI.

Sofía y á poco **Ramona**.

¡Si no lo acierto á creer!
¡Así se finge el amor!
(Con ira.) ¡Hipócrita, vil, traidor!
Con una infeliz mujer
se juega de esta manera,
y así la paz se le quita.

RAM. (Saliendo.) ¿Qué sucede, señorita?
SOFÍA. ¡Qué nos marchamos á Utrera!
RAM. ¡Cómo! ¡Qué...?
SOFÍA. Ni un solo dia.
quiero aquí estar...
RAM. ¿A qué santo...?
SOFÍA. ¡Ay Ramona! el que amo tanto
hace el amor á mi tia.
RAM. ¿A ella?
SOFÍA. Si: ¿ves qué traicion...?
Cuando por él he fingido...
RAM. Pues... ¡Velahí! lo ha creido
y ha perdio la aficion.
¡¡Jesús!! ¡Jesús!
SOFÍA. Que te asombres
no me extraña.
RAM. Claro es.
¡Bien dice mi tia Inés
que están perdíos los hombres!

Que en su tiempo, la mujé
que gancho y buen ver tenia,
pescar muy pronto podia
un esposo á quién queré;
y ahora no bastan las caras
guapas, ni el tené güen pelo...
samenester un ansuelo
de más de catorce varas.
¡Pícaros!

SOFÍA. (¡No estoy en mi!
¡De ira y despecho me abraso!)

RAM. Y su tia le hará caso...?
eso es consiguiente.

SOFÍA. Si.

RAM. ¿Y sabe...?

SOFÍA. Pude ocultar
mi pena de ella delante...

RAM. Merecia ese tunante...
¡Pues como le llegue á echar
la vista encima, le juro
que aunque soy una sirvienta,
le he de acusar las cuarenta...!
¡Despreciar el oro puro
por el oropé!

SOFÍA. Mi tia
vale más que yo.

RAM. ¡Esa es grilla!
(Suena una campanilla.)
Más suena una campanilla
y voy á ver...
(Sale foro derecha y pasa luego al foro izquierda.)

ESCENA VII.

Sofía y á poco **José**.

SOFÍA. ¡Quién diria
que el que tanto amé...! ¡Qué veo!

JOSÉ. Es ella... ¡Sofía amada...!

SOFÍA. (¡Y se atreve...!)

JOSÉ. ¡Qué mirada!
¡Qué es lo que en tu rostro leo?

SOFÍA. Lo que esperar deberia
su descarado cinismo...

de hoy más existe un abismo
entre usted y yo...

JOSÉ. ¡Sofía!!

SOFÍA. Ni una disculpa siquiera
escucharé, caballero;
tan solo las cartas quiero
que escribí á usted en Utrera:
yo las suyas le daré.

(Ademán de irse.)

JOSÉ. Oyeme por vida mia.

SOFÍA. Pudiera vernos mi tia
y no le conviene á usté.

(Váse puerta derecha.)

ESCENA VIII.

José y á poco **Pepe.**

¡Que le devuelva sus cartas...!
Pero Dios mio ¿qué es esto...?
Nunca la he dado motivo...
¡Si me parece que sueño...!
Cuando feliz me creia...

PEPE. (Saliendo.) Las tres y media; ya es tiempo.

JOSÉ. Yo voy á volverme loco...

PEPE. ¡Mi primo aquí!!

JOSÉ. (¡No comprendo...!)

PEPE. (¡Cuánto gesticula!) Primo.

JOSÉ. ¡Ah! ¿tú aquí?

PEPE. ¿Cómo te encuentro
en esta casa?

JOSÉ. No ignoras
que estoy de amores muriendo
por Sofía.

PEPE. Ya lo sé,
y está bastante mal hecho:
bueno es quererlas un poco,
pero nunca hasta ese extremo.

JOSÉ. Pues ahora acabo de hablarla.

PEPE. ¿En esta casa?

JOSÉ. En efecto,
y antes de que la expresara
el inmenso amor que siento,
á mis amantes palabras

contestó con improperios
y me reclamó sus cartas.

PEPE. ¿Pero tú le has dado celos,
ó motivos...?

JOSÉ. Al contrario,
si yo venia resuelto
á pedírsela á su tia.

PEPE. ¿Conque hay tia de por medio...?

JOSÉ. Doña Dorotea Picos...

PEPE. Pues no hay que apurarse.

JOSÉ. Pero...

PEPE. Yo arreglaré esa cuestion.

JOSÉ. ¿Cómo...? Tú...

PEPE. Ni más ni ménos.
Yo soy aquí el amo.

JOSÉ. ¿El amo?

PEPE. Sí, tu tio.

JOSÉ. No comprendo...

PEPE. ¿Te casarás...?

JOSÉ Pero Pepe...

PEPE. Alguien se acerca... ¡silencio...!

JOSÉ. Si lo consigues... ¡Adios!
Voy por las cartas y vuelvo.

(Váse foro.)

ESCENA IV.

Pepe.

Yo protejeré su amor,
pues la niña le interesa;
¡ya que él me dió cama y mesa
debo hacerle este favor!
¡Henchido estoy de placer,
viéndome libre de apuros!
¡Cien mil duros! ¡cien mil duros...
y una arrogante mujer!
¡Cuando me case, es sabido
que dispondré de su renta...!
juicio, Pepe ¡ten en cuenta
que te has visto muy perdido!
Es fuerza poner enmienda
á mi derroche funesto;
formaré mi presupuesto,

y á la vez, mi plan de hacienda.
Será un plan bien meditado;
á lo ministro, si á fé;
y si alguien protesta... haré
que se cumpla lo mandado.
Seré un ministro ejemplar,
y serán contribuyentes
mis colonos... ¡Pobres gentes!
¡los voy á sacrificar!
¡Bendita mi suerte sea!
Alguien se aproxima... ¡ah!
la jóven de antes... será
doncella de Dorotea.

ESCENA X.

Pepe y Ramona

PEPE. Celebro que vengas, niña.
RAM. Pues yo siento de encontrarlo.
PEPE. ¿Lo sientes...?
RAM. Sí, señor, mucho.
PEPE. ¿Mucho...? ¡Me agrada el descaro!
¿Por qué me tienes encono...?
RAM. Porque... pues.. . porque...
PEPE. Sepamos.
RAM. Lo diré en una palabra
que tengo un génio mu franco.
PEPE. Se conoce... ¿pero en fin...?
RAM. Porque es usté un refalso;
y yo al hombre que es asin
lo quisiera ver colgao
como ponen en mi tierra,
tos los sábados santos,
á Judas, pa que á pedrás
lo destrocen los muchachos.
PEPE. ¡Cáspita! ¿Pero, oye, chica,
estás sériamente hablando?
RAM. Ya ve usté que no me rio.
PEPE. ¿Y á qué viene ese chubasco
de insultos...?
RAM. Porque yo quiero
á mi señorita ¿estamos...?
y al sabé que usté la farta,
dempues que con tanto engaño

la hizo creé que á ella sola
estaba usté camelando,
le tengo una tirria... ¡vaya!
y una rabia y un empacho,
que si á usté lo retrataran
en los Billetes de Banco,
no tomaba yo nenguno
aunque fuesen regalaos.

PEPE. ¡Cáspita! (Por lo que veo
de mí se habrán informado,
y habrán sabido...) ¿Quién fué
la persona que en mi daño
habló á tu señora...?

RAM. ¡Toma...!
¡podia usté adivinarlo!

PEPE. ¡Yo...?

RAM. La misma interesá...

PEPE. ¿La misma...?

RAM. Pues está claro.

PEPE. (Si se habrá atrevido Petra
á venir...? No, no, ya caigo,
esa debe ser Pilar
que tiene el pico muy largo.)
Oye: dí á tu señorita
que quiero hablarla en el acto
para probarle...

RAM. Ya baja...
en eso está ella pensando,
en salir. Si ya no quiere
verlo ni en pentura.

PEPE. ¡Diablo!
(¡Se me van los dos millones!)
Dila que me han calumniado:
y que no pensé ni en sueño
casarme con quien ha dado,
con sus muchas liviandades,
en Madrid tantos escándalos.

RAM. ¿Pero qué está usted diciendo?

PEPE. ¡La verdad!

RAM. ¿Conque ella?

PEPE. ¡Claro!

RAM. ¿Luego esa señora...?

PEPE. ¡Vaya!
Si aunque parece que un plato

no ha roto, tiene una historia
mucho más verde que el campo
en primavera. En la Bolsa
no hay quien la gane bailando
el cancan...

RAM. ¡Ella!

PEPE. Y el polo...
¡y se mueve con un garbo...!

RAM. ¡Jesús, María!

PEPE, ¡Si así
fué como me dió flechazo!
Ella estuvo en relaciones
con Juan Fernandez el chato;
banderillero de invierno
y gran bailador...

RAM. ¡Dios santo!

PEPE. ¡Pero pasó ya aquel tiempo,
y en cuanto me dé la mano...
tu señorita, he de ser
más pacífico y más manso...!
—Díselo así y te prometo
darte, á guisa de regalo,
cien duros, cuando nos lean
la epístola de San Pablo.

RAM. ¡Cien duros!

PEPE. Sí; no lo olvides;
frente á ese balcon aguardo
en la calle: si consigues
que me reciba en el acto
me haces una seña, y yo,
aun más ligero que un gamo,
subiré y la daré pruebas
de lo que dije, y al cabo
quedará muy convencida
de que no debe hacer caso
de un amorcillo, que tuve
por solo pasar el rato.

ESCENA XI.

Ramona y enseguida **Sofía**.

RAM. ¡Jesús! ¡María y Jose!
¡Si creo que estoy soñando!

¡Bailar el cancan!

SOFÍA. ¿Ramona,
al fin se marchó el ingrato?

RAM. Ahora mismo.

SOFÍA. ¿Qué te ha dicho?

RAM. Que está por usté penando,
y que enamora á su tia
solo por pasar el rato.

SOFÍA. ¿Eso dijo?

RAM. Y añadió...
¡Si no sé cómo contarlo!
que nunca pensó casarse
con quien dió grandes escándalos
en Madrid, con su conducta
y su proceder liviano.

ESCENA XII.

Dichos y **Dorotea** que ha oido los últimos versos.

SOFÍA. ¡Mi tia!

DOR. (Qué oigo!)

RAM. Su tia...
que bailaba á todo trapo
el cancan...

DOR. ¡Qué horror!

SOFÍA. ¡Dios mio!

DOR. ¿Quién es el infame, el vándalo
que calumnia á una señora
de ese modo tan villano?

RAM. El mismo que á usted engaña,
y antes estuvo engañando
á mi señorita...

DOR. ¡Cómo...?
El Doctor...

SOFÍA. ¡Dios soberano!
Si no puedo convencerme...

DOR. ¿Luego el vil se ha declarado
á las dos?

SOFÍA. Precisamente.

RAM. Y como yo le hice cargos
por su falsedá, me dijo
pues .. lo que usted ha escuchado.

DOR. Si no es posible creerlo.

RAM. ¿No entiendo yo el castellano?
DOR. ¿Pero por qué, si yo nunca
dí con mi conducta pábulo...?
¡Qué horror! ¡Bailar yo el cancan!
RAM. ¡Y el polo!
DOR. ¡Vil!, deslenguado...
¡Calumniador!
RAM. Y él afirma
que todo puede probarlo.
DOR. ¡Probarlo! Trapisondista;
¡miserable. Es necesario
que le vea, que le hable,
que le arranque con mis manos
la lengua calumniadora
que mueve, con menoscabo
de mi honor.
SOFÍA. ¡Oh! yo no puedo
creer que sea tan malvado
quien dió señaladas pruebas
de caballero. Un arcano
existe que no me explico;
un error funesto acaso
de Ramona... yo no entiendo
que será; mas no me allano
á suponer tal vileza
en el hombre que amé tanto,
mientras calumnias tan viles
no escuchara de sus lábios.

(Váse puerta derecha.)

ESCENA III.

Dorotea y Ramona.

DOR. Vamos: ¿qué dices á esto?
RAM. Que es verdad lo que he contado
y otras cosas aun más goldas
que por prudencia me callo.
DOR. Nada me ocultes...
RAM. Pues dijo
que usté tuvo un novio chato...
DOR. ¡¡Yo un novio...?
RAM. Y banderillero
y bailaor afamao.

DOR. ¡Yo un novio torero...? ¡Cielos!
RAM. Y de *inviesno* que es lo malo.
DOR. ¡Infame!
RAM. ¿Quiere usté veslo?
DOR. ¿Te atreves á preguntarlo?
No he de querer, y quisiera
ser pantera ó leopardo,
para poder con las garras...
RAM. Al punto va usté á mirarlo.

(Pasa á la ventana y hace señas con el pañuelo.)

DOR. ¿Qué haces?
RAM. Estendé la res
pa que caiga en ella el pájaro.
(Ahora subirá y lo araña...
le está mu bien empleao.)

(Váse.)

ESCENA XIV.

Dorotea y luego **Pepe.**

DOR. ¡Si no lo comprendo!
¡si no me lo explico!
¡El infame! ¡Vaya!
ha perdido el juicio.
PEPE. (Saliendo.) Cuando la doncella
la seña me hizo,
seguro es que al cabo
la habrá convencido.
DOR. (Reparando.) (¡Aquí está el malvado!)
PEPE. (¡Estoy intranquilo!)
DOR. (Asiéndolo de una mano.) Diga usted: ¿es cierto
que ha poco, aquí mismo
habló usté á Ramona?
PEPE. Sí: cuanto ella dijo,
hágase usted cuenta
que yo se lo digo... (Con naturalidad.)
DOR. ¡Habrá tal descaro!
¡habrá tal cinismo!
No sé, hombre malvado,
vil y mal nacido,
cómo me contengo,

como á tan inícuo
proceder, tan bajo
aleve é indigno,
con mis propias manos
ahora no castigo.
¡Cómo... dí, menguado,
contesta, bandido,
si á hacerlo te atreves,
cuando, dí, me has visto
bailando cancanes
y polos...?

PEPE. ¡Yo he dicho...!

DOR. ¡Calle usted la boca...!

(Pepe va á hablar.)

DOR. ¡Cierre usted el pico!
¡Si no me adorabas,
si solo un capricho
te hizo requerirme
de amor aquí mismo;
si solo á Sofía
rindió tu albedrío,
por qué estas traiciones
y engaños conmigo,
amores fingiendo
que nunca has sentido,
por qué desconoces...!

PEPE. ¡Señora, por Cristo...!

DOR. ¡Calle usted la boca!

PEPE. (Hace esfuerzos por hablar.)

DOR. Cierre usted el pico.
Dime ¡miserable!
inventor inícuo
de calumnias viles,
¿por quién has sabido
que no sé qué chato,
torero de oficio,
bailador flamenco
mi amante haya sido?

PEPE. ¡Señora!

DOR. ¡Silencio!

PEPE. ¡Oh, que sinapismo!

DOR. ¡Calle usted la boca!
¡Cierre usted el pico!
Sepa, pues lo ignora,

y tenga entendido,
que aunque desvalida
como el pajarillo
que cruza el espacio
en busca del nido,
tengo un primo hermano
que vive en Tampico,
y aun cuando tampoco
nos hemos escrito,
si yo le refiero
lo que ha hecho conmigo,
coge la maleta,
se pone en camino,
y con un rewolver
le pega á usté un tiro...
Mas ¡ay! ¡yo estoy mala...
siento los latidos
que preceden siempre
al desmayo!

PEPE. (Muy apurado.) ¡Cristo!
¡Sofía...! ¡muchacha!
¡Vaya un compromiso!

DOR. ¡Usted es la causa!

PEPE. ¡Señora!

DOR. ¡Asesino!
¡Aparta!

ESCENA XV.

Dichos y **Ramona**.

RAM. ¡Qué ocurré?

DOR. Que me dá un vahido...
Traéme al punto tila,
bálsamo tranquilo,
me daré fricciones
desde el colodrillo.

PEPE. ¡Señora!

DOR. ¡Silencio!

PEPE. Pero...

DOR. ¡Ya he dicho
que cierre la boca,
y que calle el pico!

ESCENA XVI.

Pepe y enseguida José, foro.

PEPE. ¡Señora...! señora... ¡ay! ¡cielo!
(Llega hasta la puerta y en el mismo instante cierran, dándole un portazo.)
¡Me ha roto...! ¡qué atrocidad!
(Se cubre la frente con un pañuelo.)
JOSÉ. (Saliendo.) Vengo lleno de ansiedad
para que calmes mi anhelo.
Dime: ¿seré al fin feliz?
Sofía... ¿En qué estás pensando...?
PEPE. (Que no ha reparado y permanece con la mano puesta en la frente.)
(¡La frente se me va hinchando
y me escuece la nariz!)
JOSÉ. Habla: mi ansiedad conten.
¿Se ha explicado al fin Sofía...?
PEPE. ¿Si se ha explicado...? la tia
se explicó conmigo bien.
Despues de haberme insultado
hasta rayar en exceso...
Repárame aquí. (Levanta el pañuelo de la frente.)
JOSÉ. ¿Qué es eso?
PEPE. Un portazo que me ha dado.
JOSÉ. ¡Tienes sangre...!
RAM. ¡¡Sangre!! ¡Corro...!
JOSÉ. ¿A dónde tan de repente?
PEPE. A que me curen la frenten
en la casa de Socorro.
(Vase corriendo foro.)

ESCENA XVII.

Sofía y José.

JOSÉ. Pero oye, espera...
SOFÍA. (Sale sin reparar y al verlo hace ademan de retirarse.) (¡El aquí?)
JOSÉ. ¿Se va usted porque yo estoy...?
SOFÍA. Cierto; por eso me voy.
JOSÉ. ¿Por qué me aborrece así...?
Se agotará mi paciencia
si no explica en que falté.
SOFÍA. Puede explicárselo á usté,

mejor que yo, su conciencia.

SOFÍA. Ella me dice, Sofía,
que estando de usted ausente,
no se apartó de mi mente
su imágen ni un solo dia.
Que usted con injusta saña
me ofendió y ahora me ofende,
y que mi razon no entiende
injusticia tan extraña.
Esto la conciencia mia
me dice, á fé de hombre honrado,
y yo más apasionado
que nunca, digo, Sofía,
que cese el rencor tirano
que me tienes sin razon,
y á cambio de mi pasion,
de esposa me dés la mano.

SOFÍA. ¡Su esposa de usted...? ¡jamás!
De otro tal vez.

JOSÉ. ¡Oh! ¡qué escucho!

SOFÍA. Que es bueno, me quiere mucho
y no es perjuro.

JOSÉ. ¡Esto más!
¡Adios para siempre!

SOFÍA. (Impidiéndole salir.) ¡Tente!

JOSÉ ¡Déjame salir, Sofía!

SOFÍA. (¡O es un mónstruo de falsía
ó me dice lo que siente!)
Si es verdadero ese amor
que con tal fuego ha pintado,
si nunca en otra ha pensado,
si no es falso ni traidor,
muy pronto se probará.

JOSÉ ¿De qué manera, Sofía...?

SOFÍA. ¡Cómo? Llamando á mi tia.
¡Tia! ¡tia! (Llegando á la puerta.)
Ven acá.

EXCENA XVIII.

Dichos **Dorotea** y **Ramona.**

DOR. ¿Qué me querias?

SOFÍA. Dí, pues.

(¡No se inmutan!) ¿El señor...
no te declaró su amor...?

DOR. ¡¡A mí! ¿Si no sé quién es?

SOFÍA. ¿Qué no...?

DOR. Jamás he tenido
el gusto...

SOFÍA. ¡Vírgen María!
¿No digiste...?

DOR. ¡¡Yo, Sofía!

SOFÍA. ¡Ramona! (¡Pierdo el sentido!)
¿Este caballero, dí,
no quiso abrazarte?

RAM. No.
¡Si nunca le he visto yo!

JOSÉ. ¡Si yo en mi vida la ví!

SOFÍA. ¡Si estaré loca, Dios trino!
¿Quién es el calumniador
y el atrevido?

DOR. El doctor.

SOFÍA. ¡Qué doctor...?

DOR. Don José Andino.

JOSÉ. ¡Yo!

SOFÍA. ¿Lo ves...?

RAM. ¡Qué algaravía!
¿Quién habla de usted ahora...?

JOSÉ ¡El doctor soy yo, señora!

DOR. ¡Usted...?

SOFÍA. No lo dudes, tia.

JOSÉ. Ya mi pensamiento augura
quién es de esta trama autor.
(Viendo salir á Pepe.)
Ese...

DOR. Cierto.

PEPE. Servidor.

DOR. (¡Bribon!)

PEPE. Me hicieron la cura.

ESCENA XIX.

Dichos y Pepe.

PEPE. Me han dado tres puntos, tres.

JOSÉ. No sé como no te mato.

PEPE. Primo, conten tu arrebato.

Ya basta con lo que ves.

SOFÍA. ¿Conque él fué quien pretendió
á mi tia? Ya me explico.....

PEPE. Y en ello me ratifico. (A Dorotea.)

RAM. Todo al fin se descubrió.

PEPE. (A Dorotea) En mi cariño no hay dolo:
la adoro á usted

DOR. Si es así
¿cómo ha dicho usted de mí
que bailo el cancan y el polo?

PEPE. Yo lo dije por Pilar
Silos.

DOR. ¡Por ella...?

PEPE. Si á fé.

DOR. ¿Por qué antes lo calló usté?

PEPE. Porque me impidió usté hablar.
Lo que en este instante explico
antes aclarado hubiera,
si usted no me lo impidiera
con tanto ¡cierre usté el pico!

JOSÉ. De aquí partiré enseguida
si arde otro amor en tu pecho.

SOFÍA. Dije aquello por despecho;
tuya es mi mano y mi vida.

JOSÉ. (A Dorotea.) Tenga por cosa segura
que aun cuando no soy doctor
la curaré con amor.

DOR. *Erraria usted la cura.*

RAM. (¡Ya están como dos pichones!)
(Por José y Sofía)

DOR. ¿Conque insiste usted...?

PEPE. No cejo:
verá usted cómo manejo
sus millones.

DOR. ¿Qué millones?

PEPE. Me extraña que usted no entienda...
Los del pleito.

DOR. (Riendo.) ¿Usté imagina...?
Pues... si son de mi sobrina.

PEPE. (¡Fracasó mi plan de Hacienda!)
¿Conque usted es pobre...? (A Dorotea.)

DOR. Sí.
¿Y usted...?

PEPE. El cero es mi renta.

DOR. Pues... no me tiene usté cuenta.
PEPE. ¡Ni usté me la tiene á mí!
JOFÍA. ¿Perdonarás el engaño...?
SOSÉ. ¿Por qué fingiste pobreza...?
SOFÍA. Temiendo que la riqueza
redundaria en mi daño,
que al no atreverte...
JOSÉ. Te juro
que más dichoso seria
si fueses pobre, Sofía.
SOFÍA. Yo lo contrario aseguro.
Mi esposo (Presentando á José.)
DOR. Mi parabien
recibe.
PEPE. Te doy el mio. (A Pepe.)
DOR. (A Sofía.) En tu cariño confío.
PEPE. (A José.) Y yo en el tuyo tambien.
SOFÍA. (Idem.) Pues complacerte me toca,
y verme pobre es tu anhelo,
desde hoy por vosotros velo. (A Dorotea y Pepe.)
PEPE. (¡Bendita sea tu boca!)
SOFÍA. Tu curarás la dolencia
del poble, con tierno celo,
y yo fundare mi anhelo
en amparar su indigencia,
dando á sus penas consuelo.
—ya que sabes mi deseo,
sientes ser pico?.
JOSÉ Preveo
mi dicha, y de gozo lloro.
SOFIA ¡Bien haya el rico que al oro
le da tan hermoso empleo!

FIN DE LA OBRA.

PUNTOS DE VENTA

MADRID.

Librerías de *La Viuda é hijos de Cuesta,* calle de Carretas; de *D. Alfonso Durán* y *Fernando A. Fé,* Carrera de San Gerónimo; de *D. Leocadio Lopez,* calle del Cármen, y de *Murillo,* calle Alcalá.

PROVINCIAS.

En casa de los corresponsales de la Administracion Lírico-Dramática.

Pueden tambien hacerse los pedidos de ejemplares directamente á esta *Administracion,* acompañando su importe en sellos de franqueo ó letras de fácil cobro, sin cuyo requisito no serán servidos.